

## NUEVOS DESTINOS PARADISIÁCOS

Sacamos billete abierto, sin concretar  
vuelta aún. Pero la muerte, ¿qué hace?, curiosear  
todos los días, baila, irrumpe, danza y  
ríe, abre sombrillas en playas de moda, sube a picos  
y puertos, se pasea en bermudas  
trágicamente, prende  
televisores, golpea, olvida, viaja en  
primera clase, toma vuelos *low cost*. Ríe, como si  
nada. Como si cualquier fosa,  
sacude y resacude, revuelve  
tanta vida –y llora: también llora, llora  
mucho–. No  
descansa ni muerta, la muerte, políglota,  
viajera, turista impertinente, estricta  
profesional, rondando siempre terca, tenaz: nunca,  
ni un día, ni un minuto, ni a sol  
y sombra, cesa  
su pitido.

Salvo para nosotros, que somos  
los que aman. Para nosotros, que amamos duramente  
la vida, el mundo entero, su piel  
cuando es verano, para nosotros poco  
significa la muerte. La parca no nos coge,  
forajidos. De un golpe, una patada, de un  
manotazo, el temor a la muerte se ha apartado  
de aquí. De este abrazo aún más alto  
que nosotros, de este nudo gordiano de la carne  
rugiente, de este beso sin sombra, de esta fe  
desatada; de esta vida sin precio, ¿qué  
pretende la loca? De este solo latido, de esta chispa y  
zarpazo, ¿qué se lleva  
que valga? La muerte que acojona, la muerte que se dice  
mejor que estos dos cuerpos  
que se aman fijamente, ardiendo  
fugitivos, cayendo  
sin adiós... Palabras que penetran, grafitis  
portuarios, presagios  
contra un muro –el temor a la muerte y su gran coletazo  
de cetáceo extinguido.